









Sí, es verdad que todo ha sucedido por el mar, por los barcos a rebosar de personas miserablemente apretujadas, como si fueran ganado, en la inmundada tercera clase de donde salían, aturcidos, adormecidos y vacilantes, en búsqueda de sus sueños y esperanzas. Ahora los veo de nuevo. Aquí se hablaban todos los idiomas. Era una nueva torre de Babel, pero truncada, nivelada, detenida en seco y fijada en el suelo. Una torre de Babel después de que el Dios del Génesis la destruyera, una torre de Babel de la desolación, la dispersión y el regreso de cada uno a su idioma original.

He acabado por distinguir los diferentes sonidos de todas estas lenguas, para no confundirlos y para observar los comportamientos comunes de las personas que son del mismo país o incluso de la misma región. No todos sienten el miedo de igual modo y expresan su angustia tanto en palabras como en silencios.

Había pánico y expectativas en sus miradas, y también el temor de decir algo o de cometer un acto que nunca les permitiría entrar en el paraíso, sin ni siquiera saber lo que se esperaba de ellos. Así, la mayoría de los inmigrantes se ponían sus mejores ropas antes de salir del barco para estar lo más presentables posible para afrontar el examen rutinario que los aguardaba. Los hombres llevaban camisas blancas impecables, aunque a menudo me preguntaba cómo conseguían que no se les ensuciaran después de pasar entre dos y tres semanas en el mar en unas condiciones tan sórdidas. Las mujeres vestían con faldas largas, chaquetas entalladas y corsés de colores claros. Pisaban tierra firme con las mudas de las que más se enorgullecían en sus países nativos y que aquí nos hacían ser conscientes de la diferencia que existía entre su universo y el nuestro. Eran blusas anchas y ceñidas por la cintura, chalecos bordados, toques de piel, caftanes largos y negros, gorras de *tweed*, pañuelos sobre la cabeza o mon-tones de collares de cuentas de colores o coral. Los mundos